

EDUARDO CABALLERO CALDERON



MANUEL PACHO

Después de itinerar por los campos de Boyacá, Caballero Calderón se enrumba al llano. Casanare es el marco geográfico del 'momento heroico' que se aprehende en su clímax para ser narrado. Manuel Pacho es el personaje-pretexito que novela la 'tesis' pregonada en el epígrafe: "He llegado a pensar que cualquier hombre, por humilde e insignificante que sea, tiene alguna vez en su vida un *momento* de aproximación al éxtasis del místico, a la intuición del genio o al sacrificio del héroe".

Esta idea existencial motiva la creación de *Manuel Pacho*. Su autor quiere encarnarla en "un héroe momentáneo de la vida más que en un héroe literario" (1), para revelar —no para demostrar— "que hasta el hombre más anodino puede tener cualquier día su momento de heroísmo y sublime generosidad" (2).

Detrás de Manuel Pacho se esconden los gérmenes del héroe esporádico. Porque a Caballero no le interesa, le "aburre seguirle la pista a un hombre cualquiera que a lo largo de doscientas páginas, o de toda una vida, no tiene un solo momento de elevación al plano, si no de la genialidad y de la mística, sí al no menos deslumbrante del heroísmo, que ocasionalmente es accesible a todos" (3). Es más fácil arribar al estrado de los héroes. "El genio y el místico son seres anormales, verdaderos monstruos

(1) CABALLERO CALDERON, Eduardo, *Manuel Pacho*, p. 199-200.

(2) *Id.*, p. 198.

(3) *Id.*, p. 199.

de la naturaleza” (4). El héroe se hace por intervención de algo-desde-afuera. Por su circunstancia. Por lo que le tocó en suerte vivir y vislumbrar. Por la eclosión de sus fuerzas latentes. Por necesidad.

A Manuel Pacho no le duró el heroísmo. Se le diluyó de un momento a otro. “Su heroísmo fue estéril, no tanto por ser inútil como por ser anónimo. Para haber sido un héroe de verdad, y no apenas un pobre diablo literario, a Manuel Pacho le faltó morir” (5).

Estas aclaraciones basadas en el “epílogo que ha podido servir de prólogo” invitan a desentrañar el titánico esfuerzo —aparentemente inútil aunque redentor— del peso de tres días y dos noches que Manuel Pacho cargó en sus espaldas cirineas con la carroña putrefacta del viejo asesinado en “La Vuelta del Cura”.

INDOLE HUMANA DE *MANUEL PACHO*

Manuel Pacho es un muchachote robusto, fuerte como un toro y bruto para los latines y triángulos rectángulos. Hijo del viejo, jamás logró acomodarse a la vida monótona de Tunja. Y mucho menos a los estudios, a los cuales no les veía sentido y que lo mantenían en perenne estado de ensoñación. “Yo —dice Manuel Pacho— soy un jinete, un llanero, un castrador de caballos, un herrador de reses, un arriero, un domador de potros cerreros” (6). Manuel Pacho es el último de la clase y tan solo sobresale en los actos de gimnasia, en donde es capaz de sostener sobre sus hombros una enorme pirámide humana.

Carece de facilidad de palabra. Quisiera manifestar lo que repetidas veces siente e imagina, pero debe tragárselo y rumiarlo él solo: “. . . lienzos de casa tunjanas, con la visera del tejado calada hasta el umbral de las ventanas. Parecían caras viejas, caratosas, arrugadas, herméticas, que le hicieran guiños...” (7).

Sus remembranzas escolares, ese odioso no saberse las lecciones —“como ayer, como hoy, como mañana, como toda la vi-

(4) *Id.*, p. 198-199.

(5) *Id.*, p. 200.

(6) *Id.*, p. 64.

(7) *Id.*, p. 103.

da”— lo remiten al llano. Piensa en los pupitres escolares cuando el cansancio del transporte cadavérico lo tira al suelo. Se ríe. Rememora...

“Cuando el profesor mascullaba latines o fórmulas en *el otro mundo*, al pie de la pizarra embadurnada de trazos de tiza *que no querían decir nada*. Manuel Pacho pensaba en el llano. Ahora, en medio del llano, Manuel Pacho ni lo miraba siquiera. Lo sabía, lo sentía como uno sabe y siente su propia piel sin necesidad de mirársela. Pensar es estar aquí pero encontrarse en otra parte, diría Manuel Pacho de haber tenido facilidad de palabra” (8).

Fracasado en sus intervenciones académicas —¿qué le importaba?— Manuel Pacho es el hombre del llano. Evoluciona de la cobardía al heroísmo. Pero debe pagar el tributo de su soledad. Testigo de la destrucción del rancho, de la villanía de los asesinos, la violación de dos niñas y el robo del ganado, no encuentra testigos de su hazaña. Su irresolución —no actúa ante la crueldad de los bandidos— deviene constancia, terquedad hasta el extremo por llevar adelante la idea que tiene incrustada entre las dos cejas: “—¡Al hijo de un cura, con cura y en la iglesia se le tiene que enterrar, y a eso no hay que darle más vueltas!” (9). Había comenzado su peregrinación y tenía que llegar. “Manuel Pacho pensaba las cosas una por una, muy lentamente, pero una vez resuelto lo que tenía que hacer nada ni nadie lo hacía volver atrás. En eso no era un caballo sino una mula” (10).

Muerto el viejo y ahogada la mamita, a Manuel Pacho no le quedaba en suerte más que resignarse a otra soledad. (“Nunca se sentía tan solo Manuel Pacho como cuando estaba acompañado”) (11). Soledad acompañada por los recuerdos de los ausentes. Aislamiento completo en la nueva vida que al final de la novela le afloraba el destino:

“Es fácil imaginar que malbarató estúpidamente lo poco que pudo coger de una herencia que los tinterillos, los pícaros y la Administración de Hacienda Nacional quisieron dejarle al cabo de las mil y quinientas. Debió rodar por los caminos de Casanare, de hato

(8) *Id.*, p. 83.

(9) *Id.*, p. 57.

(10) *Id.*, p. 94.

(11) *Id.*, p. 111.

en hato y de fundación en fundación, desempeñando los oficios más viles (...). Se reabsorbió, pues, en la gleba más humilde de la llanura" (12).

Manuel Pacho recorre el llano sin la ayuda de nadie, ni siquiera de la Patasola. Su heroísmo es estoico. Sufre tanto —hambre, calor, sed, cansancio— que llega a reflexionar en la inutilidad de lo que hacía: "¿En qué puede aprovecharle esto al viejo...?". En su agotamiento físico huele a mortecino. Es un cadáver que anda, pero "siempre es mejor estar vivo que muerto" (13) arrastrando ese bulto que "se deshacía en sus espaldas y chorreaba un líquido fétido y amarillo que dejaba un reguero por tierra" (14).

Otros rasgos que acaban de dibujar al indefinible Manuel Pacho son su llanto tardío por los muertos y su lenta reacción contra los crímenes de los bandoleros: "¿por qué no moví un dedo para impedir que mataran a la mamita y al viejo?" (15). ¿Porque "a mí todas las cosas se me ocurren demasiado tarde?" (16). "Yo, Manuel Pacho, no quisiera seguir siendo como soy" (17).

Manuel Pacho, "ese muchacho tan extraño y tan fco, (...) pequeño salvaje" llega por fin a la meta de su calvario: Orocué. Lo interrogan lejos de lo que bullía en su alma. Sin fuerzas, cae desmayado. Y cae también el talón de su grandioso y anónimo heroísmo.

EL 'MOMENTO HEROICO'

Manuel Pacho no es *Manuel Pacho*. Es el títere-héroe de una idea que se quiere comunicar: "el héroe no es heroico sino esporádicamente, muchas veces un *momento* no más, pero hay *hombres insignificantes* que por ese solo *momento* que tuvieron la suerte y el valor de afrontar y agarrar por los cabellos, pasaron a la historia o a la literatura, a la leyenda o al arte" (18).

(12) *Id.*, p. 200.

(13) *Ibid.*

(14) *Id.*, p. 167.

(15) *Id.*, p. 142.

(16) *Id.*, p. 158.

(17) *Id.*, p. 155.

(18) *Id.*, p. 197.

El momento heroico se identifica con una respuesta de Manuel Pacho a las incitaciones de su conciencia. Es un breve paréntesis de gloria en su vida. Es una respuesta y una *mise en scène* de sus potencialidades humanas.

Manuel Pacho es el *flash* hecho carne de aquella observación caballeresca. Es la fotografía en movimiento de una obsesión casi inútil. Manuel Pacho sube al heroísmo y desciende de él vertiginosamente. Desempeña bien su papel en una trama de cien horas. Agotado, deshecho, recita su personaje durante los incógnitos kilómetros que un transporte militar recorre tan solo en 90 minutos.

Un cadáver mutilado —primero las piernas y luego los brazos, para alimentar a los insaciables zamuros—, un chinchorro, una botella de aguardiente, una bola chamuscada de panela y el par de botas del viejo son los mudos testigos de su hazaña. También el sol y la noche. Y el inconmensurable llano. Con estos tácitos amigos comienza el ascenso al *momento heroico*. Tres días con un bulto informe que chorrea putrefacción. Dos noches que hacen revivir a Manuel Pacho sus años de colegio, sus temores ultraterrenos, su barata novia de Sogamoso. Recuerda su intento de suicidio, por el que estuvo tres meses en la clínica “patasarriba, en un catre de fierro, embutido en una coraza de yeso y con los ojos vendados. Tres meses sufriendo dolores y sin decir palabra” (19). Ahora la mamita viene a su memoria. “La mamita era la conciencia de Manuel Pacho, el testimonio de que Manuel Pacho existía, y ahora sin ella se sentía solo, indefenso, desamparado” (20). A Manuel Pacho se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba burilando su heroísmo con la soledad ingente de los grandes hombres. Y con la absurda incompreensión y olvido de su esfuerzo.

Manuel Pacho llega a Orocué con la masa tumefacta del que había sido su padre. Antes de borrarse y desaparecer debe cumplirse —para no violar los cánones del héroe— su última voluntad: el entierro cristiano del viejo. De ese hombre que “era un dios llanero, un héroe de carne y hueso, un ídolo familiar” (21). A su llegada “Manuel Pacho hubiera querido explicarles al cura y al comandante muchas cosas que le giraban en la cabeza (. . .).

(19) *Id.*, p. 118.

(20) *Id.*, p. 138.

(21) *Id.*, p. 192.

Hubiera querido comunicarles la tremenda angustia que le asaltó...” (22), pero Manuel Pacho no tenía facilidad de palabra. En el silencio se extinguirían los sufrimientos del que en unos *momentos* dejaría de ser héroe, del que de un *momento* a otro sería llamado a calificar servicios para ser dado de baja por toda la vida.

VALORES NARRATIVOS

“Pocas páginas han bastado al novelista para describir un drama cuya trágica intensidad aparece relevada por la frialdad con que el protagonista, Manuel Pacho, cumple el extraño y macabro peregrinaje por la llanura con el cadáver de su padre” (23). Caballero Calderón ha creado una auténtica novela a partir de un suceso tan simple. Ha dado vida a un personaje inofensivo.

Manuel Pacho es el eslabón entre Boyacá y París. Entre el campesino de los Andes colombianos y el fracasado estudiante latinoamericano. La indecisión de Manuel Pacho se hermana con el proyecto de novela del buen salvaje. La novela del héroe llanero es la novela del monólogo vertido hacia el exterior, hacia la soledad. El montaje novelístico de *Manuel Pacho* encadena, paso a paso, el presente, lo irreal y los recuerdos. La narración crece con la lentitud de ese cadáver que anda (24) y se llama Manuel Pacho. La novela nace de un asesinato y muere en un entierro. Los tres días y dos noches que escasamente dura el relato se esponjan en años a través de la memoria: niñez, colegio, trabajos, juventud —“hoy es mi santo. Tengo veinte años” (25)—. Pasado y presente estructuran esta obra. La llevan a feliz término. No se necesitan días ni cuadernos que marquen el transcurso literario. La vida que palpita en las espaldas sudorosas de Manuel Pacho es la encargada de movilizar la obra, de relevar el momento heroico, esa “epopeya del hombre en los

(22) *Id.*, p. 191.

(23) AGUIRRE QUINTERO, Julio, ‘*Manuel Pacho*’ *Una nueva obra de Eduardo Caballero Calderón*. En “El Tiempo”, Lecturas Dominicales, domingo 6 de enero de 1963, p. 3.

(24) CABALLERO CALDERON, Eduardo, *Op. cit.*, p. 167.

(25) *Id.*, p. 8.

linderos del mundo, allí donde la Naturaleza aguarda con toda su violencia para absorber y devorar al hombre” (26).

Caballero Calderón se esconde al narrar. Ha dejado atrás el terruño tipacoque, donde se vuelca su corazón. Ahora escribe ‘prestado’: “este relato fue escrito sobre la base de una experiencia *ajena* que posiblemente muchos hombres comunes y corrientes han tenido alguna vez, cuando la vida los ha colocado en situaciones extraordinarias” (27). El narrador de la gesta heroica se muestra alejado, no comprometido con el fluir existencial del protagonista.

En *Manuel Pacho* el actual alcalde de Tipacoque continúa su trayectoria descriptiva:

“Una enorme bola de fuego se echó a rodar por el llano, de las vegas del Meta hacia la cordillera. A medida que se desprendía de la tierra y tomaba altura, se iba poniendo dorada. Cuando estuvo blanca e incandescente, que no se la podía mirar sin que dolieran los ojos, se remontó por el cielo lechoso” (28).

La descripción es objetiva, racional, paisajista. Refleja ese mural inédito que son los Llanos Orientales, con su tosquedad, su calor y sus costumbres. Favorece la lentitud con que avanza y se detiene el relato. Manuel Pacho “parecía un sonámbulo. Estaba tan cansado que cada paso que daba le parecía que habría de ser su último paso” (29).

La descripción cede su turno al sondeo psicológico de Manuel Pacho, al realismo elemental de los Llanos, a las ingerencias metafísicas que le quedan grandes al protagonista.

APROXIMACION TEMATICA

Al igual de todo escritor, Caballero Calderón tiene sus constantes expresivas como la política o la crítica a los sacerdotes (30). En *Manuel Pacho* se vuelve a oír el eco del vaivén

(26) TOVAR, Antonio, “*Manuel Pacho*”, *La novela de Eduardo Caballero Calderón*. En “El Tiempo”, Lecturas Dominicales, marzo 19 de 1967, p. 2.

(27) CABALLERO CALDERON, Eduardo, *Op. cit.*, p. 197.

(28) *Id.*, p. 128.

(29) *Id.*, p. 167.

(30) *Cf.*, p. 163-164.

campo-ciudad. Manuel, el llanero, “no podía entender por qué a ciertas gentes les gusta vivir hacinadas en las ciudades, sin conocerse unas a otras aun cuando duerman pared de por medio. En la ciudad todo parece forzado, innecesario, antinatural, y hasta la risa es una moneda falsa que se puede doblar con los dientes” (31). En definitiva, “en las ciudades las gentes, las costumbres, los hombres y el paisaje nada tienen que ver con el llano” (32).

La muerte es una de las incógnitas que ‘atormentan’ el cerebro de corozo de Manuel Pacho. “Se mueren las personas y empiezan a preocuparnos” (33). De estudiante había sentido la muerte de cerca, cuando intentó suicidarse. Ahora lo atormentaba la posibilidad de que lo asustaran los muertos. Ayer “imaginaba que, aun muerto, continuaría viviendo entre los vivos, como si morir no fuera desaparecer sino por el contrario hacerse presente” (34). Ahora oía la Patasola (35) a sus espaldas. Lo perseguía. Después pensaría que lo seguían sus difuntos queridos —la mamita y el viejo, el mayordomo y su mujer, Ana Tulia y sus dos hermanitas, el cuidandero y los cuatro pones de “La vuelta del cura”. De niño “se imaginaba la muerte como un cuarto completamente oscuro en el cual alguien le soplaría su aliento helado sobre la nuca” (36). Ahora, durante su peregrinación, Manuel Pacho llegaba a experimentar la muerte. ¿No la estaría sintiendo al percibir “ese zumbido en los oídos, ese hormigueo por todo el cuerpo, ese total desinterés por todo lo que pasara más allá de su propia epidermis, ese cansancio mortal, ese deseo de no levantarse más, esa tentación irresistible de quedarse dormido para siempre y no volver a despertar nunca más?” (37).

La muerte es vecina de la soledad. Manuel Pacho se sentía más solitario que Siervo Joya o el novel estudiante. Solo en compañía de los demás. Solo en la soledad del llano, sin la mamita y el viejo, como si se los hubieran extraído de sus propias

(31) *Id.*, p. 64. Cf., p. 59-61.

(32) *Id.*, p. 68.

(33) *Id.*, p. 49.

(34) *Id.*, p. 57.

(35) “La Patasola era un alma en pena, un fantasma, un espanto que no tenía sino una sola pata”, *Id.*, p. 55.

(36) *Id.*, p. 134.

(37) *Id.*, p. 133.

entrañas. Pero “solo, lo que se dice solo, no se había sentido hasta ahora (...). La muerte de ellos era su soledad definitiva (...). Era como si le hubieran arrancado violentamente el porvenir y sobre el día de mañana no se le ocurriera la menor idea” (38).

La soledad estalla como crisis y le plantea la utilidad del esfuerzo heroico que hacía. “Le asaltó la tentación de huir de aquel muladar trashumante, de abandonar el cadáver a los chulos y correr al río para tirarse de cabeza aunque se ahogara y se lo comieran vivo las babillas” (39). Manuel Pacho no quiere seguir siendo como es. Anhela ser como los otros. Se autoacusa. Se condena a sí mismo. Pero ya es tarde. Su indecisión, su cobardía deben absolverse con el tributo de la generosidad finalmente vana. Porque la inconclusión de la novela patentiza la inutilidad de su epopeya.

Concluyamos.

Manuel Pacho no fue un metafísico, un agobiado por las perplejidades de la existencia. Fue un hombre con una inquietud filial y religiosa. Aceptó en su vida un momentáneo pensamiento de piedad cristiana mezclada con fetichismo (Manuel Pacho tenía labios de ídolo chibcha), y lo llevó hasta las últimas consecuencias. Manuel Pacho es el reflejo, el portaestandarte de tantos héroes anónimos de uno y de muchos momentos, que no reservan energías, que se entregan a fondo, sea cual sea la causa. Manuel Pacho es el indio, el llanero, el campesino americano que soporta el sufrimiento sin quejarse, que concientializa las responsabilidades y consecuencias de una acción suya. Manuel Pacho es un símbolo (40) del sufrimiento subdesarrollado latinoamericano que padece innecesaria e indebidamente.

(38) *Id.*, pp. 139-140.

(39) *Id.*, p. 132.

(40) Caballero Calderón afirma que solamente el acto heroico deviene símbolo cuando es útil a la comunidad —caso o puesto al que he estudiado—. Sin embargo, creo que *Manuel Pacho* se le escapó de las manos para venir a ser un protosímbolo de multitud de hombres sufridos, de héroes pequeños sin necesidad de publicidad o bombo que cumplen silenciosa y tesoneramente su misión.